

no las has prescrito; así obedecemos á nuestro verdadero y único Legislador, siguiendo unas leyes que son conformes á nuestra naturaleza: y esto es lo que perfecciona la moralidad de las acciones. Mas si por ser el hombre libre, se infiere que ejecuta frecuentemente acciones arbitrarias, será buena la consecuencia; pero si se cree que siempre lo son, se incidirá en un crasísimo error. Así como no está en nuestra mano tener necesidades, las cuales son una consecuencia de nuestra natural conformacion, tampoco pende de nosotros estar obligados á ejecutar aquello á que nos determinan; y si no lo ejecutamos, al punto somos castigados.

Basta por esta tarde; esta leccion ha sido un poco mas larga que las anteriores, la de mañana no será menor; pero como conozco tu aplicacion, y deseos de aprender, me empeño en ellas, confiado en que las oyes con gusto, y que sacrificas contento un rato de holgueta por el gusto de instruirte, lo que conseguirás con mayor facilidad, no cortando el hilo de las ideas sino en su verdadero punto.

LECCION VII.

Hijo. Ya me ha manifestado vd. como la naturaleza nos enseña á hacer el análisis de los objetos sensibles, y como nos suministra por este camino ideas de todas especies, lo que me ha tranquilizado enteramente, segun

me lo prometió vd. al principio de la leccion de ayer hablándome de las ideas de las cosas, que no tocan nuestros sentidos, y suponiendo se debian estudiar del mismo modo que examinamos la campiña consabida, lo que me parecia de una suma dificultad. Estoy enteramente satisfecho en esta parte; pero ahora necesito me enseñe vd. á conducir mi alma para estender la esfera de mis conocimientos.

P. Son muy justos tus deseos; pero antes te enseñaré á que la conozcas bien: para esto procuraremos descubrir todas las facultades que estan embebidas en la de pensar.

H. Sí padre, sí: eso me parece mejor.

P. Para desempeñar este objeto, y cualquier otro, no buscaremos un nuevo método; pues la análisis basta para todos, si sabemos emplearla: bajo de este supuesto, digo, que siendo el alma sola la que conoce, porque ella sola es la que siente, le pertenece unicamente hacer el análisis de todo cuanto conozco, mediante las sensaciones; pero como no puede aprender á conducirse, porque no se conoce á sí misma, ni sus facultades, es preciso estudiarla, para descubrir todas aquellas de que es capaz el alma: ¿pero donde las descubriremos sino en la facultad de sentir?.. Esta facultad envuelve ciertamente todas las que pueden llegar á nuestro conocimiento; pues si solo porque siente el alma, conocemos los objetos que están fuera de ella; ¿podremos acaso conocer de otro modo lo que pasa en ella, sino porque siente?... Intentemos pues hacer el analisis de la facultad de sentir.

H. Apuesto que se va vd. à meter en la campiña, que le ha servido tantas veces de punto de comparacion.

P. Lo has adivinado: ya sabes que si examinaras una campiña desde la quinta, de que te hablè en los principios, ò de otra, que se hallase en iguales circunstancias, te se ofreceria toda ella à tu vista, y que la verias de una ojeada, sin discernir nada; pues ya te hiciste cargo de que para distinguir los diferentes objetos de la campiña y formar una idea neta de su configuracion y situacion, seria necesario detener la vista sobre cada uno solamente, siendo los demas para mí, aunque los esté viendo, como si no los viese; y entre tantas sensaciones que se hacen à un tiempo, parece que solo experimento una, que es la del objeto sobre quien fijo mis ojos.

Esta mirada pues es una accion, mediante la cual se dirijen mis ojos àcia el objeto predilecto; y à esta accion doy el nombre de atencion, y no me queda la menor duda de que esta direcion de los òrganos es toda la parte que puede tener nuestro cuerpo en la atencion; ¿pero cuál será la parte que tenga el alma?... una sensacion que experimentamos, como si fuese sola, siendo las demas como si no las experimentasemos.

H. Con que segun eso, la atencion que ponemos en un objeto, no es por parte del alma, sino la sensacion que causa este objeto en nosotros.

P. Así es; pero esta sensacion se hace en algun modo esclusiva, y esta facultad es la

primera que notamos en la facultad de sentir: ahora bien: así como paramos nuestra atencion en un objeto, la podemos fijar en dos à un mismo tiempo, y entonces en lugar de una sola sensacion esclusiva experimentamos dos, y decimos que las comparamos; porque no las experimentamos exclusivamente, sino para observar as una al lado de la otra, sin que nos distraigan otras sensaciones y esto es propiamente lo que significa la palabra *comparar*.

H. De lo que vd. acaba de insinuarme, resulta que la comparacion es una duplicada atencion; luego consiste en dos sensaciones que se experimentan como si se experimentasen solas, y que escluyen al mismo tiempo las demas.

P. La facilidad con que sacas consecuencia despues de oír mi esplicacion, me hace rebozar de gozo; pues me da à entender que comprendes radicalmente todo lo que te digo.

Un objeto puede estar presente, ò ausente: si está presente, la atencion es la sensacion que produce actualmente sobre nosotros; pero si está ausente, la atencion es la memoria de la sensacion que causò; y à esta memoria es à la que debemos la potencia de ejercer la facultad de comparar los objetos ausentes así como comparamos los presentes.

H. ¿Y què viene à ser la memoria?

P. Ya te lo explicaré pronto: no nos distraigamos ahora, prosigamos con la útil y fructuosa leccion de analizar las facultades del alma.

No podemos comparar dos objetos ni experimentar las dos sensaciones que producen exclusivamente en nosotros, cuando se pone uno al lado del otro, sin que percibamos al momento, que se parecen, ó que se diferencian.

H. ¿Con que distinguir semejanzas ó diferencias será juzgar?... ¿Con que los juicios también serán sensaciones?

P. Perfectamente. Si por el primer juicio conozco una relacion, para conocer otra, necesitare formar segundo juicio. Quiero, por ejemplo, saber en que se diferencian dos árboles: en este caso observaré sucesivamente la forma, el tronco, las ramas, las hojas, los frutos; compararé todas estas cosas unas despues de otras; eslabonaré una cadena de juicios, y como en algun modo reflecta entonces mi atencion, pasando de un objeto á otro, diré que reflexiono.

H. De lo que vd. me dice concluyo que la reflexion es una serie de juicios que se forman mediante una serie de comparaciones. Al mismo tiempo no encuentro en las comparaciones y en los juicios mas que sensaciones: así me parece que también debo concluir que no hay mas que sensaciones en la reflexion.

P. Bravísimo.... Del mismo modo que se ha notado á favor de la reflexion las cualidades en que se diferencian los objetos, se puede juntar en uno solo valiéndose del mismo medio, las cualidades que están separadas, y distribuidas entre muchos: de esta manera se forma un Poeta, por ejemplo, la idea de un

héroo, que jamás ha existido; y entonces estas ideas son imágenes, que solo tienen realidad en el alma.

H. ¿Segun eso, lo que llamamos imaginacion, no es sino el acto de la reflexion que forma las imágenes?

P. Dices muy bien: pero ya que sacas consecuencias tan justas, veamos cómo me explicas qué cosa es el *raciocinio*, pues es lo que corresponde examinar ahora.

H. No me atrevo, padre mio, á meterme en ese arduo empeño.

P. No hay cosa mas fastidiosa que un jóven orgulloso: así me gusta mucho esa moderacion, la que te quiero premiar, explicándote lo que se entiende por hacer un *raciocinio*.

Un juicio que pronuncio, puede contener implicitamente otro que no pronuncio. Por ejemplo, si digo que un cuerpo es pesado, digo implicitamente, que si no le sostienen, caerá; luego siempre que el segundo juicio esté comprendido de este modo en otro, se puede pronunciar como una continuacion del primero; y ve aquí por qué se dice, que es una consecuencia. Así se dirá: esta bóveda es muy pesada, luego si no está bastante sostenida, caerá.

H. Ya me hago cargo de lo que es hacer un *raciocinio*: ya veo que no es otra cosa, sino pronunciar dos juicios de la especie que vd. me acaba de insinuar, y descubro, sin que me quede ningun escrúpulo, que no hay sino sensaciones en nuestros *raciocinios* y en nuestros juicios.

P. No habrás dejado de advertir que el segundo juicio que acabamos de hacer, está sensiblemente contenido en el primero; como tambien que es una consecuencia que no se necesita buscar, antes bien que seria preciso buscarla, en el caso de que el segundo juicio no se manifestase de un modo tan sensible en el primero: esto es, que seria necesario, yendo de lo conocido á lo incógnito, pasar por una serie de juicios intermedios, desde el primero hasta el último, y verlo sucesivamente comprendidos á todos, unos en otros. Este juicio, por ejemplo, *el mercurio se sostiene á cierta altura en el tubo de un barómetro*, se contiene implicitamente en este, *el aire es pesado*: pero como no se advierte al pronto, es menester que marchando de lo conocido á lo desconocido, se descubra, por una cadena de juicios intermedios, que el primero es una consecuencia del segundo.

Ya has visto, que todas las facultades que acabamos de observar, se contienen en la facultad de sentir, que la alma adquiere por ella todos sus conocimientos; que por ella entiende las cosas que estudia, de un modo semejante á aquel que se perciben los sonidos, mediante el oido: pues al complexo de todas estas facultades se llama *entendimiento*.

H. Está muy bien: de aquí en adelante sabré que al conjunto de la sensacion, atencion, comparacion, juicio, reflexion, imaginacion y raciocinio, debo llamar *entendimiento*.

P. Ahora verás cómo fluyen del mismo manantial todas las operaciones pertenecientes á

la voluntad, pues considerando nuestras sensaciones como representativas, has visto que nacen de ellas todas nuestras ideas, y todas las operaciones del entendimiento: con que consideralas ahora como agradables, ó como desagradables, y te convencerás de mi asercion.

Voy á esplicarte que se entiende por *necesidad, desazon, inquietud, deseo, pasiones, esperanza, voluntad y pensamiento*: te suplico que no me interrumpas, y que tengas la paciencia de no preguntarme nada en dos minutos, que será lo sumo que tardaré en esplicarte dichas voces.

H. Es muy poco sacrificio el que vd. me pide. Cuando voy á la orquesta del Seminario estoy un cuarto de hora, y mas, sin abrir los labios, por no interrumpir la atencion de los que estan á mi lado oyendo alguna sinfonia de Pleyel, ó de Hayden: ¿pues con cuanta mas razon debo estar dos minutos sin interrumpir á vd. ya que tiene la bondad de hacerme una insinuacion en vez de mandarme, como pudiera?

P. Empecemos, pues. Sin embargo de que por la voz *sufrir* se entiende experimentar una sensacion desagradable, es constante que la privacion de una sensacion agradable es un verdadero sufrimiento, y que este tiene su graduacion, pudiendo ser mayor ó menor; mas sírvate de gobierno, que no es lo mismo estar privado de una cosa que carecer de ella, pudiendo suceder muy bien que nunca haya gozado uno de las cosas de que ca-

rece, ó que jamas las haya conocido: pero todo lo contrario sucede, respecto de las cosas de que estamos privados; pues no solamente las conocemos, sino que ademas tenemos el hábito de gozarlas, ó á lo menos de imaginarnos el placer que nos puede proporcionar su posesion, y desde luego convendras en que esta clase de privacion es un sufrimiento; pues á este sufrimiento se llama más particularmente *necesidad*: asi, tener *necesidad* de una cosa, es sufrir á causa de su privacion.

Si se considera este sufrimiento en su menor grado, nó es entonces un verdadero dolor, sino un estado en que nos hallamos disgustados; y á esto se llama *desazon*.

La *desazon* nos pone en movimiento para lograr lo que necesitamos: asi, mientras dura, no podemos mantenernos en un perfecto reposo, y entonces la *desazon* toma el nombre de *inquietud*; y como á proporcion de los obstáculos que se oponen al logro ó goce de la cosa que apetecemos crece nuestra inquietud, puede llegar á ser este estado el de un verdadero tormento.

Si la necesidad turba nuestro reposo, ó causa nuestra inquietud, es porque determina las facultades del cuerpo y del alma hácia los objetos, cuya privacion nos hace sufrir. No representamos el placer que nos causaron; la reflexion nos hace juzgar del que pueden aun causarnos: la imaginacion los exagera, y para gozarlos hacemos todos los esfuerzos que podemos. De aqui se sigue que todas nues-

tras facultades se dirigen hácia los objetos cuya necesidad sentimos; y esta direccion es propiamente lo que entendemos por *deseo*.

Asi como es natural acostumbrarse uno á gozar de las cosas agradables, es igualmente natural acostumbrarse á desearlas; y á estos deseos, convertidos en hábitos se llama *pasiones*. Los deseos de esta naturaleza son en algun modo permanentes, ó á lo menos, si se suspenden por intervalos, se renuevan con el mas ligero motivo, y son tanto mas vivos, quanto mas violentas son las pasiones.

Si cuando deseamos una cosa, juzgamos que la hemos de conseguir, entonces este juicio, unido al deseo, produce la *esperanza*. Otro juicio producirá la *voluntad*, y es aquel que hacemos cuando contraemos, mediante la esperiencia, un hábito de juzgar que no debemos poner ningun obstaculo á nuestros deseos. *Yo quiero*, significa *yo deseo*, y *nada puede oponerse á mi deseo*, debiendo todo concurrir á su satisfaccion.

Tal es propiamente la acepcion de la palabra *voluntad*; pero se usa en una significacion mas lata: asi se entiende por *voluntad* una facultad que abraza todos los hábitos que emanan de la necesidad; esto es, los deseos, las pasiones, la esperanza, la desesperacion, el temor, la confianza, la presuncion, y otros muchos de los cuales es facil formarse ideas.

Finalmente, la palabra *pensamiento*, siendo todavia mas general, abarca en su acepcion todas las facultades del entendimiento, porque pensar es sentir, poner atencion, comparar, juzgar, reflexionar, imaginar, racio-

cinar, desear tener pasiones, esperar, temer, &c.

H. No es posible que nadie dè una idea mas exacta del entendimiento y del pensamiento, que la que vd. me acaba de indicar. ¡Cuánto no me admiro del análisis que ha hecho vd.! ¡qué confusa no me parecia antes esta materia, y qué clara no me parece ahora! No me cansaré de repetir que es maravilloso el método analítico; pues con su auxilio ha demostrado vd. qué es lo que se llama entendimiento, y ahora, valiéndose del mismo medio, me explica vd. con la misma facilidad y claridad lo que debo entender por la palabra *pensamiento*.

P. Ya te has hecho cargo de que las facultades del alma nacen sucesivamente de la sensacion; y de que no son otra cosa sino la misma sensacion transformada en cada una de ellas: en adelante te haré patente todo el artificio del razonamiento; en este supuesto nos prepararemos en la leccion de mañana para entrar en esta averiguacion, con cuyo fin nos ensayaremos á ratiocinar eligiendo una materia que sea tan sencilla como facil, cual será *las causas de la sensibilidad y de la memoria*; bien que muchos la calificarán de ardua, si se atiende á lo mal que siempre se ha explicado, á pesar de los esfuerzos que se han hecho hasta ahora.

LECCION VIII.

Hijo. Vd. llama sencilla á la materia que nos debe ocupar esta tarde? pues si es

tan sencilla, ¿por qué se ha explicado mal, habiendose hecho tantos esfuerzos como vd. supone?...

P. Yo te espondré algunos de los sistemas que han corrido con mas sèquito; te haré ver sus errores; te ofreceré despues mis ideas, y serás el juez sobre si ha sido ó no voluntaria mi proposicion. Desde luego convengo en que no es posible explicar por menor todas las causas físicas de la sensibilidad y de la memoria; pero en lugar de ratiocinar sobre falsas hipótesis, podemos consultar la esperiencia y la analogia; asi te explicaré lo que se pueda, y no me meteré en el vano y quimérico empeño de dar razon de todo.

H. Sírvasse vd. pues de darme noticia de algunos de los sistemas que se han inventado para explicar esta materia.

P. Unos dicen que los nervios son como unas cuerdas tirantes, capaces de connoiciones y de vibraciones, y sin mas datos creen que han adivinado las causas de las sensaciones y de la memoria.

Otros creen que el cerebro es una sustancia blanda, en la que hacen ciertas impresiones los espíritus animales; que estas impresiones se conservan, y que dichos espíritus, pasando y volviendo á repasar, constituyen el sentimiento y la memoria.

H. Si me es lícito dar mi voto, digo que el primer sistema me parece arbitrario. Por lo que respecta al segundo, entiendo que es estravagante; ¿pues cómo es posible que siendo la sustancia del cerebro tan blanda que pueda recibir estas impresiones, se halle do-

tada de bastante consistencia para conservarlas?... fuera de que es imposible que una infinidad de impresiones subsistan en una sustancia donde hay una accion y una circulacion continua, segun he oido al Médico varias veces, cuando habla con vd.

P. Estamos conformes sobre el juicio que merecen estos sistemas.

El primero se imaginó, creyendo que los nervios eran como las cuerdas de un instrumento; y el segundo, por haberse figurado las impresiones que se hacen en el cerebro, como si fueran un grabado sobre una superficie, que se conserva en un total reposo, y ya ves que esto no es raciocinar por observacion ni analogia, y que no se concilia con la razon comparar cosas que no tienen relaciones entre sí

H. ¿Qué especie de duendecitos son esos espíritus animales que me ha nombrado vd.?

P. Yo no sé que existan sino en la cabeza de los metafísicos visionarios; igualmente ignoro si los nervios son los órganos del sentimiento, como suponen muchos filósofos; tampoco conozco el tegido de las fibras, ni la naturaleza de los sólidos, ni la de los fluidos: en una palabra, no tengo de todo este mecanismo mas que una idea muy imperfecta y vaga. Solo sé, que hay un movimiento que es el principio de la vegetacion y de la sensibilidad; que el animal vive mientras que aquel dura, y que muere al punto que cesa. Igualmente me ha enseñado la esperiencia, que el animal puede reducirse á un estado de para vegetacion, en el que se encuentra

naturalmente, cuando duerme en un sueño profundo, como tambien, aunque accidentalmente, cuando le sobreviene un ataque de apoplegia; mas yo no me arriesgo á formar congeturas sobre el movimiento que se verifica en semejante estado; no sabiendose mas, sino que la sangre circula, que las vísceras y glándulas hacen las funciones necesarias para mantener y reparar sus fuerzas; pero se ignora en virtud de qué leyes obra el movimiento todos estos efectos; sin embargo, estas leyes existen, y comunican al movimiento los impulsos que hacen vegetar al animal,

H. Pues sabiéndose tan poco, ¿cómo ha de salir vd. del laberinto de la esplicacion que me ha prometido?

P. Sosiégate, en la seguridad de que cumpliré mi palabra. Te acabo de decir que existen las leyes que comunican al movimiento los impulsos que hacen vegetar al animal; pero ten entendido que cuando el animal pasa del estado de vegetacion al de sensibilidad, obedece entonces el movimiento á otras leyes, y sigue tambien otros impulsos. Si los ojos, por ejemplo, se abren á la luz, los rayos que los hieren comunican al movimiento que le hacia vegetar los impulsos que le constituyen sensible. Lo que sucede con los ojos, acontece con los demas sentidos; de donde se sigue, que cada especie de sentimientos tiene por causa un cierto particular impulso en el movimiento principio de la vida. Por esto se ve que el movimiento que hace sensible al animal, no puede ser sino una modificacion del movimien-

to que le hace vegetar; modificacion ocasionada por la accion de los objetos sobre los sentidos.

Ahora bien, el movimiento que le constituye sensible no se hace solamente en el órgano espuesto á la accion de los objetos exteriores, sino que se transmite hasta el cerebro, esto es, hasta el órgano que demuestra la observacion ser el primero y principal resorte del sentimiento: luego la sensibilidad tiene por causa la comunicacion que hay entre los órganos y el cerebro.

H. Me satisface la consecuencia que vd. saca; pero para esto es menester que la observacion haya demostrado lo que vd. supone; esto es, que el cerebro es el primer y principal resorte del sentimiento; y aunque no tengo la impudencia de negar á vd. este dato, como vd. no gusta que le crea sobre su palabra, si no queda convencido mi entendimiento, permítame le pregunte si está bien hecha esta observacion.

P. No tienes que dudarle; asi se ve que cuando el cerebro se comprime por alguna causa, no pudiendo entonces obedecer las impresiones comunicadas por medio de los órganos, inmediatamente se reduce el animal á la insensibilidad; pero que al momento que se le restituye la libertad á este primer resorte, obran los órganos en él, este vuelve á obrar en ellos, y se reproduce el sentimiento.

Puede suceder tambien que, aunque esté libre el cerebro, tenga poca ó ninguna comunicacion con alguna parte, á causa de una obstruccion ó de una ligadura fuerte en el

brazo, lo que suspenderia ó disminuiria el comercio del cerebro con la mano; en cuyo caso se enervaria ó cesaria enteramente el sentimiento de esta.

Aun podria añadirte nuevas pruebas, apoyadas en la observacion; pero creo que estas bastan.

H. Seguramente que bastan, por lo que á mí toca.

P. Siendo, pues, los diferentes impulsos de la vegetacion comunicados al movimiento la única razon fisica y ocasional de la sensibilidad, se sigue que no sentimos sino en cuanto tocan ó son tocados nuestros órganos; de modo, que obrando los objetos con el auxilio del contacto en los órganos, comunican al movimiento productriz de la vegetacion los impulsos que constituyen sensible al animal; asi pueden considerarse el *olfato*, el *oído*, la *vista* y el *gusto*, como estensiones del tacto. Por lo que concierne á *los oídos* y á *los ojos*, estos no verian, en caso de que los cuerpos de una cierta forma no viniesen á chocar contra la retina; y aquellos no oirian si otros cuerpos de forma diferente no llegasen á sacudir el tímpano. En una palabra, el principio de la variedad de las sensaciones consiste en los diferentes impulsos excitados por los objetos segun el movimiento y la organizacion de las partes espuestas á su accion.

H. ¿Y de qué modo el contacto de ciertos corpúsculos produce las sensaciones del sonido, de la luz y del color?

P. No lo sé; pero lo cierto es, que el con-

tacto de ciertos corpúsculos produce dichas sensaciones: tal vez se podría dar razón de lo que me preguntas, si se conociese la esencia del alma, el mecanismo de la vista, del oído, del cerebro, y la naturaleza de los rayos que se estienden sobre la retina, y del aire que hiere al tímpano. Pero nos faltan todos estos datos; así debemos abandonar la esplicacion de semejantes fenómenos á los que gustan de hacer hipótesis sobre las cosas en que guarda un silencio profundo la experiencia.

H. Digame vd.: ¿si Dios nos armara con un nuevo órgano, apto para comunicar al movimiento nuevos impulsos, no experimentaríamos sensaciones diferentes de las que hemos tenido hasta ahora.

P. Si por cierto, pues nos haria descubrir en los objetos ciertas propiedades, de las que en la actualidad no podemos formar la menor idea. En una palabra, seria un manantial de nuevos placeres, de nuevas penas, y por consiguiente de nuevas necesidades.

Lo mismo se debe decir por lo que respecta á un sétimo, ó un octavo sentido, ó á cuantos se quieran suponer, sea el que fuese el número; pues un nuevo órgano añadido á nuestro cuerpo, haria capaz al movimiento (que le hace vegetar) de muchas modificaciones que no podemos imaginar. Estos sentidos serian removidos por corpúsculos de una cierta forma; se instruirian como los otros por el tacto, y aprenderian de él á referir sus acciones á los objetos.

H. Por lo que á mi toca, no deseo tener

nuevos sentidos: los que me ha dado Dios me bastan para mi conservacion; mas lo que quisiera es, saber emplearlos bien; tambien querria que me hiciera vd. el favor de darme á entender el modo con que aprende el animal á moverse segun su voluntad.

P. Voy á complacerte. La accion de los sentidos sobre el cerebro es la que constituye sensible al animal; pero esto no es suficiente para dar al cuerpo todos los movimientos de que es capaz; pues se requiere que el cerebro obre en todos los músculos, y en todos los órganos interiores destinados á mover cada uno de los miembros; y la observacion tiene demostrada esta accion del cerebro: así cuando este resorte principal recibe ciertos impulsos de los sentidos, comunica otros á algunas de las partes del cuerpo, y el animal se mueve: mas este no tendria sino movimientos inciertos, en caso de que la accion de los sentidos en el cerebro, y del cerebro en los miembros, no estuviese asociada con algun sentimiento; pues como al moverse no experimentaría pena ni placer, no tendria la menor parte en los movimientos de su cuerpo; por consiguiente no los observaria, y no observándolos, tampoco aprenderia á reglarlos. Pero supon que la pena ó el placer provoquen sus movimientos, y entonces verás que procurará evitarlos ó buscarlos: que comparará los sentimientos que experimenta; que notará los movimientos que les preceden, y los que les acompañan; que andará á tientas, por decirlo así; y que despues de muchos ensayos contraerá al fin la

costumbre de moverse à su voluntad (que es lo que deseabas saber). En este caso pues tendrá movimientos reglados, y à esto se reduce el principio de todos los hábitos del cuerpo.

H. Quedo satisfecho, pero ahora deseo saber cómo contrae el cuerpo los hábitos de ciertos movimientos.

P. Estos hábitos son unos movimientos reglados, que se hacen en nosotros, sin que parezca que los dirigimos nosotros mismos; por que à fuerza de repetirlos, los ejecutamos sin necesidad de pensar en ellos; y à estos hábitos se llaman *movimientos naturales, acciones mecánicas, instinto*; suponiéndose falsamente que han nacido con nosotros, en cuya preocupacion no se incurriria, si se juzgase de estos hábitos por otros, que igualmente se nos hicieron naturales, aunque no nos acordamos de haberlos adquirido.

H. Con que segun eso, cuando decimos que por un movimiento natural huimos de un golpe que nos tiran, damos à esta frase una fuerza que no tiene: igualmente será inexacta la espresion de que fulano hace esto ò lo otro *muquinamente*, y será insignificante, y no servirá sino para satisfacer nuestro orgullo el uso de la voz *instinto*, si queremos esplicar con ella lo que no comprendemos; pues en vez de iluminarnos, nos deja en una perfecta noche sobre los objetos que tiramos à indagar, cuando se nos reponde que la causa de la accion que preguntamos pende del *instinto*. Doy pues a vd. mi palabra de reirme de estas frases desde hoy en adelante.

P. Aunque te rias de ellas, y no las em-

plees cuando escribas, no dejes de usarlas en la conversacion familiar; porque es necesario seguir la rutina en estas frioleras, no siendo posible que hagas ver à todos su error, sin hacer una disertacion, lo que seria una pedanteria insufrible: fuera de que no lograrías tu fin; y aunque lo consiguieras, se iba à ganar muy poco.

H. Quedo en hacer lo que me aconseja vd.; y ahora sirvase de continuar el hilo de las ideas, que le he interrumpido, y que se dirigian à manifestarme cómo *contrae el cuerpo los hábitos de ciertos movimientos*.

P. La primera vez, por ejemplo, que pongo los dedos sobre un piano fuerte no pueden tener sino movimientos inciertos; pero al paso que me ejercito en tocar este instrumento, adquiero insensiblemente un hábito de mover mis dedos sobre las teclas: en los principios obedecen con torpeza à los impulsos que les quiero dar; pero estas dificultades se van venciendo paulatinamente, de modo que al fin llega el caso, no solo de que se muevan à mi voluntad, sino que aun la anticipan ejecutando un retazo de música mientras está ocupada mi reflexion en otras cosas. De aqui se colige que contraen el hábito de moverse, siguiendo un cierto número de impulsos; y como no hay tecla por donde no se pueda principiar alguna sonata, tampoco hay impulsos que no puedan ser los primeros en una cierta serie; asi observamos que el ejercicio combina diferentemente estos impulsos, y que los dedos adquieren diariamente mas facilidad; de suerte, que obedecen como por

si mismos á una serie de movimientos determinados, sin que se perciba ningun esfuerzo, y sin que se requiera fijar la atencion en lo que se hace. De este modo, habiendo contraido diferentes hábitos los órganos de los sentidos, se mueven por si mismos, sin que necesite el alma velar continuamente sobre ellos para reglar sus movimientos.

H. Vd. siempre me cumple sus palabras. Vd. me ofreció, que me explicaria la causa de la sensibilidad y de la memoria: en lo que respecta á la sensibilidad, ya no me queda ninguna duda; pues aq. ella oscura nube que se interponia á mi entendimiento me la ha ido vd. disipando insensiblemente, y al cabo he logrado ver la luz: espero que me sucederá lo mismo en lo que respecta á la memoria.

P. Si por cierto; pero cortemos la leccion por esta tarde, y dejemos ese punto para mañana, pues nos alargaria demasiado.

LECCION IX.

Hijo. Ya ha llegado el momento en que me hable vd. de la memoria, que fué el punto que dejamos ayer pendiente.

P. El cerebro es el primer órgano: este es un centro comun en que todos se reunen, y de donde parece que todos nacen, segun te he dicho en la leccion anterior. En este supuesto si juzgamos del cerebro por los demas sentidos, podremos concluir que todos los hábitos del cuerpo se transmiten hasta él, y como

las fibras que le componen son, por su flexibilidad, muy propias para producir toda especie de movimientos, diremos que adquieren, como los dedos, el hábito de obedecer á diferentes series de determinados movimientos: y no habiendo en esto duda, el poder que tiene mi cerebro de recordarme un objeto, no puede ser sino la facilidad que ha adquirido de moverse por sí mismo, del propio modo que se movia cuando este objeto tocaba mis sentidos. Por consecuencia la causa física y ocasional que conserva, ó que recuerda las ideas, está en los varios impulsos á que se ha habituado el cerebro (órgano principal del sentimiento), y que subsisten, ó se reproducen, aun cuando los sentidos dejan de excitarlos; pues no nos representaríamos los objetos que hemos visto, oído y palpado, en caso de que el movimiento no excitase los mismos impulsos, que cuando veíamos, oíamos y palpábamos. En una palabra, la accion mecánica sigue las mismas leyes, ya sea que se experimente una sensacion, ó ya que solo se recuerde de haberla experimentado: así, esta facultad no es mas que un modo de sentir.

H. Es muy verosímil la explicacion de vd.; pero yo deseo saber en qué vienen á parar las ideas en que ya no nos ocupamos: si se conservan en algunas papeleras que tenemos dentro del cerebro.... si cuando se nos vuelven á presentar, las sacamos de alguna gabeta.... si existen en el alma durante aquellos intervalos en que no pensamos en ellas... si existen en el cuerpo, &c. &c. &c.

P. Yo veo que tu crees que las ideas se pue-